

EL AUTOR de este relato fue un joven antioqueño que se encontraba en Santafé, haciendo negocios, y por casualidad presencié la entrada del Libertador a la ciudad después de la batalla de Boyacá. Fue uno de los comisionados para organizar el refresco que se le ofreció al Libertador. Muchos años después de ese momento le hizo un relato verbal a don Alejandro Barrientos, antioqueño como él y pariente político de don Mariano Ospina Rodríguez. Fue el bumangués Enrique Ortega D'Costa quien publicó este relato, por primera vez, en la revista *Archivo Historial* que en 1919 dirigía en Manizales.

Y

o estuve presente cuando llegó el Libertador al Palacio. Se desmontó con agilidad y subió con rapidez la escalera. Su memoria era felicísima, pues saludaba por su nombre y apellido das las personas a quienes había conocido en 1814. Sus movimientos eran aiosos y des- embarazados. Vestía casaca de paño negro, de las llamadas cola de pajarito, calzón de cambrún blanco, botas de caballería, corbatín de cuero y morrión de lo mismo. Tenía la piel tostada por el sol de los llanos, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros, ensortijados. Los ojos negros, penetrantes y de una movilidad eléctrica. Sus preguntas y respuestas eran rápidas, concisas, claras y lógicas. Se informaba sobre los pormenores del suplicio del doctor Camilo Torres y del de don Manuel Bernardo Álvarez. De este último dijo que él le había pronosticado en el año [18]14 que sería fusilado por los españoles. Su inquietud y movilidad eran extraordinarias. Cuando hablaba o preguntaba, cogía con las dos manos la solapa del frac; cuando escuchaba a alguien cruzaba los brazos.

Yo me colocaba detrás de los grupos de las personas que hablaban con el Libertador, para no perder palabra ni movimiento de ese genio portentoso.

Cuando uno de los caballeros que estaban encargados del arreglo del salón y del aposento preparado para el Libertador, vino a decirle que, siendo ya tarde, y debiendo estar fatigado del viaje, quizás querría retirarse a descansar, le contestó:

—No, absolutamente, no siento fatiga alguna.

—Pero Su Excelencia ha andado mucho a caballo hoy.

—Montar a caballo no me fatiga.

—¿A Su Excelencia le gusta andar a caballo?

—Bastante; pero no es tanto lo que me gusta andar a caballo cuanto lo que me choca andar a pie.

—Ese gusto como que lo tenemos todos.

—No todos. En Jamaica conocí a un inglés que montaba a caballo por tener el gusto de apearse, y no usaba sino una espuela, porque decía que si lograba hacer andar el caballo por un lado, el otro lado no se quedaba atrás...

Así era la conversación familiar de Bolívar, ligera, graciosa, y llena de viveza y animación.

Por último les diré que yo oí los brindis, los discursos y las conversaciones de aquella noche inolvidable. *

Simón Bolívar,
1.2.1819. M.N.
Bate. Aguafuerte y
aguatinta.
Colección Museo
Nacional de Co-
lombia, reg. 1817.
Foto: ©Museo Na-
cional de Colombia
/ Samuel Monsalve
Parra.

